

de haberse con su mujer, como quiere que ella se haya con él, y enseñarle con su ejemplo, lo que quiere que ella haga con él mismo, haciendo que de su buena manera de él, y de su amor aprenda ella á desvelarse en agradarle. Que si él, que tiene más seso, y corazón más esforzado, y sabe condescender en unas cosas, y llevar con paciencia algunas otras, en todo con razón y sin ella quiere ser impaciente, y furioso; ¿qué maravilla es, que la flaqueza, y el poco saber, y el menudo ánimo de la mujer, dé en ser desgraciado, y penoso? Y aun en esto hay otro mayor inconveniente, que como son pusilánimes las mujeres de su cosecha, y poco inclinadas á las cosas que son de valor, si no las alientan á ellas; cuando son maltratadas, y tenidas en poco de sus maridos, pierden el ánimo más, y decaéñseles las alas del corazón, y no pueden poner ni las manos, ni el pensamiento en cosa que buena sea, de donde vienen á cobrar siniestros vilísimos. Y de la manera que el agricultor sabio á las plantas, que miran, y se inclinan al suelo, y que si las dejasen, se tenderían rastrando por él, no las deja caer, sino con horquillas, y estacas que les arrima, las endereza, y levanta, para que crezcan al cielo: ni más ni menos el marido cuerdo no ha de oprimir, ni envilecer con malas obras, y palabras el corazón de la mujer, que es caedizo, y apocado de suyo; sino al revés con amor y con honra la ha de levantar y animar, para que siempre conciba pensamientos honrosos. Y pues la mujer, como arriba dijimos, se dió al hombre para alivio de sus trabajos, y para reposo, y dulzura, y regalo; la misma razón, y naturaleza pide, que sea tratada de él dulce y regaladamente. Porque ¿á do se consiente, que desprecie ninguno á su alivio? ¿ni que enoje á su descanso? ¿ni que traiga guerra perpétua y sangrienta, con lo que tiene nombre, y oficio de paz? ¿O en qué razón se permite, que esté ella obligada á pagarle servicio, y contento, y que él se desobligue de merecérselo? Pues adéudelo él, y páguelo ella, porque se lo debe; y aunque no lo deba, lo pague. Porque cuando él no lo supiere adeudar, lo que debe á Dios, y á su oficio, pone sobre ella esta deuda, de agradar siempre á su marido, guardando su persona, y su casa; y no siéndole, como arriba está dicho, costosa, y gastadora, que es la primera de las dos cosas en que, como dijimos, consiste

esta guarda. Y contentándonos con lo que de ella habemos escrito, vengamos agora á la segunda, que es el ser hacendosa, á lo cual pertenece lo que Salomón añade, diciendo:

## §. V.

Por qué se vale el Espíritu santo de la mujer de un labrador para dechado de las perfectas casadas; y cómo todas ellas, por más nobles y ricas que sean, deben trabajar y ser hacendosas.

*Buscó lana, y lino, y obró con el saber de sus manos.*

No dice, que el marido le compró lino, para que ella labrase, sino que ella lo buscó. Para mostrar, que la primera parte de ser hacendosa, es que sea aprovechada, y que de los salvados de su casa, y de las cosas que sobran, y que parecen perdidas, y de aquello de que no hace cuenta el marido, haga precio ella para proveerse de lino, y de lana, y de las demás cosas, que son como estas, las cuales son como las armas, y el campo, adonde descubre su virtud la buena mujer. Porque ayuntando su artificio ella, y ayudándolo con la vela, é industria suya y de sus criadas, sin hacer nueva costa, y como sin sentir, cuando menos pensare, hallará su casa abastada y llena de riquezas. Pero dirán por ventura las señoras delicadas de agora, que esta pintura es grosera, y que aquesta casada es mujer de algún labrador, que hila y teje, y mujer de estado diferente del suyo, y que así no habla con ellas. A lo cual respondemos, que esta casada es el perfecto dechado de todas las casadas, y la medida con quien, así las de mayores, como las de menores estados se han de ajustar, cuanto á cada una le fuere posible: y es como el padrón de esta virtud, al cual la que más se avecina, es más perfecta. Y bastante prueba de ello es, que el Espíritu santo, que nos hizo, y nos conoce, queriendo enseñar á la casada su estado, la pinta de esta manera. Mas porque quede más entendido, tomemos el agua de su principio, y digamos así. Tres maneras de vidas son, en las que se reparten, y á las que se reducen todas las maneras de viviendas, que hay entre los que viven casados. Porque, ó labran la tierra, ó se mantienen de algún

trato, y oficio, ó arriendan sus haciendas á otros, y viven ociosos del fruto de ellas. Y así una manera de vida es la de los que labran, y llamémosla vida de labranza: y otra, la de los que tratan, y llamémosla vida de contratación: y la tercera, de los que comen de sus tierras, pero labradas con el sudor de los otros, y tenga por nombre vida descansada. A la vida de labranza pertenece no solo el labrador, que con un par de bueyes labra su pegujar, sino también los que con muchas juntas, y con copiosa y gruesa familia rompen los campos, y apacientan grandes ganados. La otra vida, que dijimos de contratación, abraza al tratante pobre, y al mercader grueso, y al oficial mecánico, y al artífice, y al soldado, y finalmente á cualquiera que vende, ó su trabajo, ó su arte, ó su ingenio. La tercera vida ociosa, el uso la ha hecho propia agora de los que se llaman nobles, y caballeros, y señores, los que tienen, ó renteros, ó vasallos, de donde sacan sus rentas. Y si alguno nos preguntare, cuál de estas tres vidas sea la más perfecta, y mejor vida; decimos, que la de la labranza es la primera, y la verdadera: y que las demás dos, por la parte que se acercan con ella, y en cuanto le parecen, son buenas; y según que de ellas se desvían, son peligrosas. Porque se ha de entender que en esta vida primera, que decimos de labranza, hay dos cosas, ganancia y ocupación: la ganancia es inocente y natural, como arriba dijimos, y sin agravio, ó disgusto ajeno; la ocupación es loable, y necesaria, y maestra de toda virtud. La segunda vida de contratación se comunica con esta en lo segundo, porque es también vida ocupada como ella; y esto es lo bueno que tiene: pero diferénciase en lo primero, que es la ganancia, porque la recoge de las haciendas ajenas, y las más veces con disgusto de los dueños de ellas, y pocas veces sin alguna mezcla de engaño. Y así cuanto á esto tiene algo de peligro, y es menos bien reputada. En la tercera y última vida, si miramos á la ganancia, cuasi es lo mismo que la primera, á lo menos nacen ambas á dos de una misma fuente, que es la labor de la tierra, dado que cuando llega á los de la vida, que llamamos ociosa, por parte de los mineros por donde pasa, cobra algunas veces algún mal color, del arrendamiento, y del rentero, y de la desigualdad que en esto suele haber; pero al fin por la mayor parte, y cuasi siempre

es ganancia, y renta segura, y honrada, y por esta parte aquesta tercera vida es buena vida: pero si atendemos á la ocupación, es del todo diferente de la primera, porque aquella es muy ocupada, y esta es muy ociosa, y por la misma causa muy ocasionada á daños y males gravísimos; de manera que lo perfecto y lo natural, en esto de que vamos hablando, es el trato de la labranza. Y pudiera yo aquí agora extender la pluma alabándola; mas dejarélo por no olvidar mi propósito, y porque es negocio sentenciado ya por los sabios antiguos, y que ha pasado en cosa juzgada su sentencia: y también porque á los que sabemos, que Dios puso al hombre en esta vida, y no en otra, cuando le crió, y antes que hubiese pecado, y cuando más le regalaba, y quería, bástanos esto para saber, que de todas las maneras de vivir sobredichas es aquesta la más natural, y la mejor.

○ Pues dejando aquesto por cosa asentada, añadimos prosiguiendo adelante, que en todas las cosas que son de un mismo linaje, y que comunican en una misma razón, si acontece que entre ellas haya grados de perfección diferentes, y que aquello mismo que todas tienen, esté en unas más entero, y en otras menos; la razón pide, que la más aventajada, y perfecta sea como regla, y dechado de las demás: que es decir, que todas han de mirar á la más aventajada, y acercarse más á ella, cuanto les fuere posible, y que la que más se le allegare, será de mejor suerte. Claro ejemplo tenemos de esto en las estrellas, y en el sol: los cuales todos son cuerpos llenos de luz, y el sol tiene más que ninguno de ellos, y es el más lucido, y resplandeciente, y así es el que tiene la presidencia en la luz, y á quien todas las cosas lucidas miran, y siguen, y de quien cogen sus luces, tanto más cada una, cuanto se le acerca más. Pues digo agora, que como entre todas las suertes de vivir de los hombres casados, tenga el más alto, y perfecto grado de seguridad y bien la labranza, y sea ella, como está concluido, la medida y la regla, que han de seguir, y el dechado que han de imitar, y el blanco adonde han de mirar, y á quien se han de hacer vecinas las demás suertes, cuanto pudieren; no convenía en ninguna manera, que el Espíritu santo, que pretende poner aquí una que sea como dechado de las casadas, pusiese, ó una mercadera mujer de los

que viven de contratación, ó una señora regalada, y casada con un ocioso caballero. Porque la una, y la otra suerte, son suertes imperfectas, y menos buenas, y por la misma causa inútiles para ser puestas por ejemplo general, y por dechado. Sino escogió la mejor suerte, é hizo una pintura de perfecta mujer en ella, y púsola como delante de los ojos á todas las mujeres, así á las que tienen aquella condición de vida, como á los diferentes estados, para que fuese común á todas: á las del mismo estado, para que se ajustasen del todo con ella, y á las de otra manera, para que se le acercasen, é hiciesen semejantes, cuanto les fuese posible. Porque aunque no sea de todas el lino, y la lana, y el huso, y la tela, y el velar sobre sus criadas, y el repartirles las tareas, y las raciones; pero en todas hay otras cosas, que se parecen á estas, y que tienen parentesco con ellas, y en que han de velar, y se han de remirar las buenas casadas con el mismo cuidado, que aquí se dice. Y á todas, sin que haya en ello excepción, les está bien, y les pertenece á cada una en su manera, el no ser perdidas, y gastadoras, y el ser hacendosas, y acrecentadoras de sus haciendas. Y si el regalo, y el mal uso de agora ha persuadido, que el descuido, y el ocio es parte de nobleza y de grandeza, y si las que se llaman señoras, hacen estado de no hacer nada, y de descuidarse de todo, y si creen que la granjería, y labranza es negocio vil, y contrario de lo que es señorío; es bien que se desengañen con la verdad. Porque si volvemos atrás los ojos, y si tendemos la vista por los tiempos pasados, hallarémolos, que siempre que reinó la virtud, la labranza, y el reino anduvieron hermanados, y juntos. Y hallarémolos, que el vivir de la granjería de su hacienda era vida usada, y que les acarreaba reputación á los príncipes y grandes señores. Abrahám, hombre riquísimo, y padre de toda la verdadera nobleza, rompió los campos (Gen. c. XXI, v. 33.). Y David, Rey invencible y glorioso, no sólo antes del reino apacentó las ovejas, pero después de Rey, los pechos de que se mantenía, eran sus labranzas, y sus ganados (Lib. I. Reg. c. XVII, etc.). Y de los romanos, señores del mundo, sabemos (1), que del arado iban al consulado, que es decir, al

(1) Cicer. Pro Roscio.—Plin. lib. XVIII, c.3.

mando, y gobierno de toda la tierra, y volvían del consulado al arado. Y si no fuera esta vida de nobles, y no sólo usada, y tratada por ellos, sino también debida, y conveniente á los mismos, nunca el poeta Homero en su poesía, que fué imagen viva de lo que á cada una persona y estado convino, introdujera á Elena, reina noble, que cuando salió á ver á Telémaco asentada en su cadira, una doncella suya le pone al lado en un rico canastillo copos de lana ya puestos á punto para hilar, y husadas ya hiladas, y la rueca para que hilase (1). Ni en el palacio de Alcinoo, príncipe de su pueblo riquísimo, de cien damas que tenía en su servicio, hiciera, como hace, hilanderas á las cincuenta (2). Y la tela de Penélope, princesa de Itaca, y su tejer, y destejer, no la fingiera el juicio de un tan grande poeta, si la tela, y el urdir fuera ajeno de las mujeres principales (3). Y Plutarco escribe (4), que en Roma á todas las mujeres, por mayores que fuesen, cuando se casaban, y cuando las llevaba el marido á su casa, á la primera entrada de ella, y como en el umbral, les tenían, como por ceremonia necesaria, puesta una rueca, para que lo que primero viesen al entrar de su casa, les fuese aviso de aquello, en que se habían de emplear en ella siempre.

Pero ¿qué es menester traer ejemplos tan pasados, y antiguos, y poner delante los ojos, lo que de muy apartado, cuasi se pierde de vista? Sin salir de nuestras casas, dentro en España, y casi en la edad de nuestros abuelos, hallamos claros ejemplos de esta virtud, como de la reina católica Doña Isabel, princesa bienaventurada, se lee. Y si las que se tienen agora por tales, y se llaman duquesas, y reinas, no se persuaden bien por razón, hagan experiencia de ello por algún breve tiempo, y tomen la rueca, y armen los dedos con la aguja, y dedal, y cercadas de sus damas, y en medio de ellas hagan labores ricas con ellas, y engañen algo de la noche con este ejercicio, y húrtese al vicioso sueño, para en-

(1) Homero Odys. lib. IV.

(2) Ibid. lib. VII.

(3) Ibid. lib. II.

(4) Plutar. In quæst. roman.

tender en él, y ocupen los pensamientos mozos de sus doncellas en estas haciendas, y hagan que animadas con el ejemplo de la señora, contiendan todas entre sí, procurando de aventajarse en el ser hacendosas: y cuando para el aderezo, ó provisión de sus personas y casas no les fuere necesaria aquesta labor (aunque ninguna casa hay tan grande, ni tan real; adonde semejantes obras no traigan honra y provecho) pero cuando no para sí, háganlo para remedio, y abrigo de cien pobrezas, y de mil necesidades ajenas. Así que traten las duquesas, y las reinas el lino, y labren la seda, y den tarea á sus damas, y pruébense con ellas en estos oficios, y pongan en estado, y honra aquesta virtud: que yo me hago valiente de alcanzar del mundo, que las loe, y de sus maridos los duques y reyes, que las precien por ello, y que las estimen: y aun acabaré con ellos, que en pago de este cuidado, las absuelvan de otros mil importunos, y memorables trabajos, con que atormentan sus cuerpos, y rostros; y que las excusen, y libren del leer en los libros de caballerías, y del traer el soneto, y la canción en el seno, y del billete, y del donaire de los recaudos, y del terrero, y del sarao, y de otras cien cosas de este jaez, aunque nunca las hagan. Por manera que la buena casada en este artículo, de que vamos hablando, de ser hacendosa, y casera, ha de ser ó labradora, en la forma que dicho es, ó semejante á labradora, todo cuanto pudiere. Y porque del ser hacendosa decíamos, que era la primera parte ser aprovechada, y que por esta causa Salomón no dijo, que el marido le compraba lino á esta mujer, sino que ella lo buscaba, y compraba; es de advertir lo que en esto acontece, que algunas ya que se disponen á ser hacendosas, por faltalles esta parte de aprovechadas, son más caras, y más costosas labrando, que antes eran desaprovechadas holgando. Porque cuanto hacen, y labran, ha de venir todo de casa del joyero, y del mercader, ó fiado, ó comprado á mayores precios; y quiere la ventura después, que habiendo venido mucho del oro, y mucha de la seda, y aljófar, pára todo el artificio y trabajo en un arañuelo de pájaros, ó en otra cosa semejante de aire. Pues á estas tales mándenles sus maridos, que descansen, y huelguen, ó ellas lo harán sin que se lo manden, porque muy menos malas son para el sueño, que para el tra-

bajo, y la vela: que lo casero, y lo hacendoso de una buena mujer, gran parte de ello consiste en que ninguna cosa de su casa quede desaprovechada, sino que todo cobre valor, y crezca en sus manos, y que como sin saber de qué, se haga rica, y saque tesoro, á manera de decir, de entre las barre-duras de su portal. Y si el descender á cosas menudas, no fuera hacer particular esta doctrina, que el Espiritu santo quiso que fuese general, y común, yo trujera agora á Vmd. por toda su casa, y en cada uno de los rincones de ella le dijera lo que hay de provecho: más Vmd. lo sabe bien: y lo hace mejor, y las que se aplican á esta virtud, de sí mismas lo entienden: como al revés las que son perdidas, y desaprovechadas, por más que se les diga, nunca lo aprenden. Pero veamos lo que después de aquesto se sigue.

## §. IV.

Declárase qué es ser mujer casera, y del modo que debe acrecentar la hacienda.

*Fué como navio de mercader, que de buen trae su pan.*

*Pan* llama la sagrada Escritura á todo aquello que pertenece, y ayuda á la provisión de nuestra vida. Pues compara á esta su casada Salomón á un navio de mercader bastecido y rico. En lo cual hermosa y eficazmente da á entender la obra, y el provecho de esto que tratamos, y llamamos casero, y hacendoso en la mujer. La nao, lo uno corre la mar por diversas partes, pasa muchos senos, toca en diferentes tierras, y provincias, y en cada una de ellas coge lo que en ellas hay bueno y barato, y con solo tomarlo en sí, y pasarlo á su tierra le da mayor precio, y dobla, y tresdobla la ganancia. Demás de esto la riqueza que cabe en una nao, y la mercadería que abarca, no es riqueza, la que basta á un hombre solo, ó á un género de gente particular, sino es provisión entera para una ciudad, y para todas las diferencias de gentes que hay en ella: trae lienzos, y sedas, y brocados, y piedras ricas, y obras de oficiales hermosas, y de todo género de bastimentos, y de todo gran copia. Pues esto mismo acontece á la mujer ca-